

## LA ARQUITECTURA DE LO HUMANO: ¿ADIÓS A MARIÁTEGUI?

Edmundo Murrugarra Florián

### 1.- Búsqueda de certidumbres

Qué duda cabe que el convulsionado siglo XX instaló en el ánimo de los pueblos y sus líderes duraderas y conmovedoras interrogantes. Es que el antropocentrismo que trajo la modernidad occidental puso sobre las espaldas humanas una pesada y creciente responsabilidad por lo que ocurre en el mundo, carga que antiguamente era tarea de dioses, del destino o de los héroes míticos. ¡Y vaya la carga que significaron dos guerras mundiales, ubicuas conflagraciones relacionadas con la fría disputa de las potencias bipolares, la entrada en acción de la espeluznante bomba atómica y los accidentes nucleares, la aplicación de la bioquímica y la biogenética a la producción de armas biológicas, así como los crecientes e irritantes abismos de polarización en el consumo social, tecnológico y cultural!. El hecho de que la modernidad intentara aliviar a los seres humanos de la responsabilidad de esos males y la colocara en primer lugar sobre las leyes naturales que la ciencias descubrían y la tecnología aplicaba a la producción no hizo sino agravar la responsabilidad. Pues, la utilización bien o mal hechora de esas leyes era únicamente responsabilidad de los seres humanos, particularmente de quienes tienen el poder de aplicarlas.

Por eso, a medida que avanzó el siglo pasado y comenzó el actual, y con cada estremezón que producía la puesta en práctica de las utopías de perfeccionamiento humano que parió la modernidad- liberalismo y neoliberalismo, socialismo eurocéntrico, nazismo y fascismo-, las certezas que las sustentaban fueron erosionadas hasta quedar, en algunos casos, casi en escombros. Es explicable entonces que los pueblos nos demos la tarea de buscar otras certezas, otros fundamentos para dar sentido a lo que nos ocurre. Porque, así como necesitamos del aire para vivir, necesitamos dar un sentido, un significado, a nuestra presencia y peripecia en el mundo.

Los pueblos adherentes a las religiones que se reconocen descendientes de Abraham buscan nuevas certezas en los viejos libros y rituales sagrados, dando lugar a diversos movimientos políticos con sustento religioso. Se los llama fundamentalistas precisamente porque vuelven a sus antiguos fundamentos, que, actualizados, les permiten vivir y actuar, en la violenta y convulsa modernidad globalizada. Eso se constata en las diversas corrientes o ramas del islamismo, del cristianismo y del judaísmo.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Entre otros, autores como Gilles Kepel con su *The Revenge of God*, 1994 y Karen Armstrong con su libro *The battle for God*, 2000, examinan estos fenómenos.

Con el mismo objetivo, en el ámbito del pensamiento laico, buena legión de autores aplican a la misma modernidad las armas críticas que ella y sus líderes espirituales más destacados crearon durante los últimos siglos<sup>2</sup>. Tienen el supuesto de que en el acervo cultural moderno hay reservas para lograr la renovación de los fundamentos. Y otros, animados por la creciente presencia en la escena política y cultural de los pueblos y culturas originarias o indígenas que las diversas oleadas de la colonización occidental intentó extirpar, se acercan con respeto a esas culturas y prácticas de vida y sus registros simbólicos para aprehender mensajes y formular alternativas<sup>3</sup>. Y lo hacen aplicando herramientas analíticas de la misma modernidad para desplegar el potencial de los viejos troncos de las culturas indígenas. Finalmente, los mismos pueblos indígenas reivindican su derecho a vivir de acuerdo a sus visiones del mundo y culturas, al lado de las otras, pero no más como subordinados coloniales. Y vienen logrando universal y crecientemente efectivo reconocimiento<sup>4</sup>.

## **2.- Búsqueda de certidumbres en la periferia subordinada o colonizada**

Los pueblos que en condición subordinada concurren a constituir la modernidad occidental- primero como colonias y luego como repúblicas independientes pero subordinadas -, no están exentos, por esta condición, del derrumbe de las certezas del occidente moderno. En las filas liberales como en las socialistas, de marca eurocéntrica, se siente el estremecimiento de la incertidumbre y, por eso mismo, la necesidad de renovar los fundamentos. Los pueblos indígenas, por su marginalidad a que los condenó y condena al despojo y segregación permanentes, viven las crisis en otras formas y con grado diverso de gravedad. Hasta en algunos momentos, las aprovecharon y aprovechan para ganar algo de autonomía y hasta poner en marcha proyectos liberadores<sup>5</sup>.

Hoy, la agudización generalizada de las crisis o de las diversas facetas de la crisis de la civilización occidental hegemónica exigen con perentoriedad abordar y resolver el tema, porque los pueblos tienen que seguir viviendo y necesitan fundamentos para hacer previsible y soportable la convivencia, ya no solo humana sino convivencia respetuosa con los otros seres de la Tierra..

Pero al mismo tiempo que el derrumbe de las viejas certezas produce angustia en los seres humanos, también nos ofrece un marco cultural y político estimulante para la búsqueda y construcción de las nuevas. Los actuales, son tiempos de derrumbe, pero

---

<sup>2</sup> Autores como Jurgen Habermas, Anthony Giddens o Francois Lyotard, para no ampliar más la lista, aplican la crítica desarrollada por la misma modernidad y nos proponen caracterizaciones de la nuestra como de Alta Modernidad, de Modernidad Radicalizada, o de Posmodernidad a secas..

<sup>3</sup> Son los autores vinculados al movimiento de estudios Culturales, Coloniales o Postcoloniales, desde Eduard Said con sus clásicos *Orientalism* y *Culture and Imperialism* hasta la escuela Indú y la corriente latinoamericana donde destacan Walter Dignolo, Enrique Dussel, Anibal Quijano, entre otros.

<sup>4</sup> Desde la carta del Gran Jefe Seattle, de la tribu Duwamish al presidente norteamericano Franklin Pierce, hasta las conclusiones de los eventos nacionales o continentales de los pueblos indígenas y el Convenio 169 de la OIT que plasma algunas de sus reivindicaciones.

<sup>5</sup> Los movimientos indígenas del siglo XVIII y mucho más los movimientos criollos de independencia tuvieron lugar en el marco de graves crisis de las metrópolis coloniales.

también son tiempos de fundación. Este doble significado del trance mundial, es positivo para criticar y salir de nuestra condición subalterna a condición de tomar conciencia del rasgo psicocultural colonial dominante en nuestra cultura y someterlo a crítica. Porque en circunstancias de crisis en el pasado, nuestras élites criollas de todo el espectro cultural y político, siempre han acudido a renovar el calco, copia e impongan en nuestros procesos históricos de la variante cultural de moda en la modernidad occidental hegemónica. Eso ha ocurrido en los dos siglos de república y con las diversas corrientes ideológicas y políticas que la modernidad occidental desarrolló en su seno, salvo pasajeros intentos.<sup>6</sup>

En el Perú, el último cuarto del siglo XX se cerró con una generalizada crisis de las instituciones y modelos políticos, sociales, educativos y culturales que desde el comienzo del siglo fueron copiadas e impuestas como lo nuevo, como lo moderno. No es casual entonces que también en el país crezca el convencimiento de que ha llegado la hora del balance de las ideas, instituciones y fundamentos de la civilización occidental moderna, así como de sus principales ideólogos y promotores. La mayoría de los que piensan así, lo hacen con el declarado propósito de renovar las instituciones dentro de la tradición cultural occidental hegemónica.<sup>7</sup>

Por mi parte pienso que el balance crítico debe abarcar no solamente las propuestas programáticas sino los fundamentos, o sea, los mecanismos espirituales y psíquicos que constituyen el rasgo colonial de nuestra sociedad y cultura. Y hay que hacerlo en diálogo respetuoso con las culturas y pueblos indígenas y afro descendientes que emergen de su condición colonizada y subordinada. Y al persistente calor de los movimientos sociales, de género y generacionales de la cultura y sociedad criollas.

Entre los trabajos que audazmente ha iniciado el balance de los fundamentos de nuestra modernidad y con el explícito objetivo de renovarlos, está el de José Ignacio López Soria, publicado con el provocador título de "Adiós a Mariátegui"<sup>8</sup>. Cualquiera sean las discrepancias con su balance reconozco el mérito de "lanzar la primera piedra" a un tema de urgencia cada día más acuciante. Espero que mis comentarios críticos no aparezcan como piedras de respuesta sino como homenaje al valor de su iniciativa e ideas.

Argumenta José Ignacio que "... para pensar hoy el Perú necesitamos desanclarnos de los años 20, despedirnos, aunque nos duela, de los fundadores del pensamiento crítico de corte moderno porque en ese pensamiento no es ya posible encontrar claves para

---

<sup>6</sup> El empeño de Mariátegui por construir un socialismo sin calco ni copiar fue compartido por otros intelectuales de su generación, pero terminó a su muerte. Décadas después el Gobierno de Velasco Alvarado y el equipo de intelectuales que lo acompañó intentaron recuperar esa orientación autónoma. Se contaron entre ellos, Carlos Delgado, Carlos Franco, Héctor Béjar y Francisco Guerra García.

<sup>7</sup> Acaba de entrar a circulación el libro *Apogeo y Crisis de Izquierda Unida*, libro que reúne cuatro ensayos y 24 entrevistas a los antiguos dirigentes de la Izquierda Unida. IDEA INTERNACIONAL ha promovido tan feliz y esperada iniciativa, dando un valioso material para el postergado pero inaplazable balance crítico de los movimientos socialistas de la segunda mitad del siglo XX.

<sup>8</sup> José Ignacio López Soria, *Adiós a Mariátegui, Pensar el Perú en perspectiva postmoderna*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima, 2007

releer el pasado, saber a qué atenernos en el presente ni imaginar el futuro”<sup>9</sup>. Y particularmente de Mariátegui porque lo considera “el fundador por excelencia del espíritu crítico de corte moderno”.

¿Y por qué el pensamiento crítico de los años 20 del siglo pasado, y el de Mariátegui en particular, no ofrece claves para entender el pasado, orientarnos en el presente e imaginar el futuro? El autor da dos razones. La primera, “que, habiendo cambiado las variables que componen la realidad –si las comparamos con las que se daban en el momento fundamental del pensamiento crítico –, es preciso elaborar nuevas perspectivas teóricas e instrumentos metódicos para entender la realidad.” Al no descender al terreno de la identificación histórica de las variables que han cambiado y diferenciarlas de las que permanecen o siguen constantes, esta razón pierde fuerza argumentativa.

Porque, efectivamente, en el siglo transcurrido muchos y profundos cambios han tenido lugar, lo que explica la obsolescencia de muchas ideas, concepciones, metodologías y programas. De todo eso hay que despedirse, es cierto. Pero, otros rasgos, tanto en cada sociedad como en el conjunto de la ahora civilización hegemónica planetaria, han permanecido y fortalecido. Un ejemplo, son de uso unánime los conceptos de globalización o mundialización capitalista para describir la articulación de la totalidad de sociedades que pueblan el planeta a la lógica de producción y distribución capitalistas. Mariátegui y demás pensadores de los años 20 al pensar nuestro país lo vieron influido crecientemente por esa lógica. En 100 años, el Perú cambió y mucho, pero permaneció y fortaleció la lógica capitalista en la producción, la distribución y en toda la cultura. Y de los enfoques y resultados críticos de estos rasgos no hay que despedirse: Probablemente actualizarlos, como hacen todos los pueblos ahora, pero no despedirnos<sup>10</sup>. Al no precisar las variables que han cambiado y cómo esos cambios descalifican ideas, enfoques y metodologías, el argumento resulta fallido como fundamento para despedirse.

Escuchemos el otro argumento. “La modernidad y sus vigencias... no nos sirven ya para saber a qué atenernos, pensarnos a nosotros mismos pensar la actualidad y ejercer teórica y prácticamente en serio la función crítica y propositiva”.<sup>11</sup> Aquí estamos ante dos opciones de significación. O bien no nos sirven porque el mundo y las cosas han cambiado, y en este caso el autor está repitiendo el argumento anterior. O bien el horizonte cultural de la modernidad y su equipamiento crítico no siempre sirvieron para pensar críticamente la realidad, ni antes y menos ahora. Descarto esta opción porque José Ignacio tiene el supuesto de que el horizonte cultural de la modernidad sirvió para ejercer la función crítica. Por lo tanto, lo que queda es la generalidad de cómo el mundo cambió el equipamiento crítico que sirvió antes y ya no sirve ahora. Este enjuiciamiento rotundo pasa por alto y no hace justicia a la singularidad de corrientes y autores que en esa modernidad discreparon de la corriente

---

<sup>9</sup> Obra cit., p. 20.

<sup>10</sup> La abrumadora campaña para frenar y derrotar al socialismo soviético llevó a que en la academia se sepultara en el desprestigio los estudios de Marx sobre el capitalismo. Ahora, su obra *El Capital*, vuelve a la orden del día en las academias de todo el planeta.

<sup>11</sup> Ob.cit. pg. 23.

principal que ganó hegemonía y se devino sinónimo de civilización moderna. El resultado es que se termina arrojando al niño junto al agua sucia de la bañera.

Precisamente el interés en detenerme en este trabajo de José Ignacio López Soria es porque al despedirse de la modernidad, lo hace en el nombre del pensador, Mariátegui, que criticó aspectos y autores fundamentales de la modernidad. Si hay que arrojar lo que de caduco tiene la modernidad, ¿cómo no tener cuidado en no arrojar junto con lo caduco las ideas y autores que criticaron aspectos fundamentales de la modernidad? Sin duda alguna muchos enfoques, herramientas de análisis y planteamientos de Mariátegui, han caducado. Porque, como dice el autor, las variables cambiaron en el siglo transcurrido. Pero como dijimos antes, hay variables que no han cambiado ni debilitado sino fortalecido. Por lo tanto, hay aportes críticos fundamentales que no solamente se mantienen incólumes, sino que cobran más actualidad porque fueron elaborados en crítica a la modernidad en todo su ascenso al apogeo. Es el caso de Mariátegui.

No voy a hacer el balance de lo caduco y lo vigente en Mariátegui. En esta oportunidad voy a echar una mirada a un tema que es el cimiento, fundamento, de la vida social, la arquitectura de lo humano. De qué estamos hechos los seres humanos y cómo nos desenvolvemos en nuestras sociedades. Es un tema que desde las primeras lecturas de los trabajos del Amauta salta al primer plano y queda como cuestión que día a día reclama atención, tanto por la venerada autoridad de los autores que cuestiona como por la tesis que ponen en cuestión.

La modernidad occidental fermentó esta armazón desde fines de la edad media, pero sus élites intelectuales la formularon en el siglo XVII. En los siglos siguientes se convirtió en cultura compartida, dando forma y contenido a las instituciones, desde las escuelas hasta la empresa capitalista, tal como las conocemos. Veamos la relación del tema de la arquitectura de lo humano que tuvo Mariátegui con dos gigantes de la modernidad occidental. Uno, de los albores del ciclo moderno, Descartes, y otro, Marx, del primer siglo de su apogeo.

### **3.- Diálogo de Mariátegui con Descartes**

Al final del ensayo "Dos Concepciones de la Vida" que integra el volumen *Alma Matinal*, Mariátegui nos lleva del elogio del impulso romántico y el humor quijotesco que alienta a los revolucionarios a la afirmación de que es la intuición de la vida lo que allí se expresa y que él la encuentra sugerida en frase de un autor, Luis Bello, que cita: "Conviene corregir a Descartes: combato, luego existo", y la fundamenta haciéndola suya en estos términos:

"La corrección resulta, en verdad, oportuna. La fórmula filosófica de una edad racionalista tenía que ser: 'Pienso, luego existo'. Pero a esta edad romántica,

revolucionaria y quijotesca, no le sirve ya la misma fórmula. La vida, más que pensamiento, quiere ser hoy acción, esto es combate".<sup>12</sup>

No hay rastro de que el Amauta trabajará los textos de Descartes, pero no hay duda de que su vivencia y reflexión religiosas así como sus lecturas lo familiarizaron y comprometieron con la cultura dominante, la occidental criolla y el catolicismo, que tienen como núcleo básico la concepción de lo humano formulada por Descartes, esto es, las dos sustancias excluyentes y jerarquizadas, el Cógito y la Res Extensa, que forman la arquitectura del ser humano.<sup>13</sup>

El material cultural que elabora Descartes en el siglo XVII es la herencia de milenios que arranca desde las culturas del medio oriente que engendraron las grandes religiones, el judaísmo, el cristianismo y el islamismo, y que hacen su camino a Europa a través de dos caminos, el griego y el árabe medioeval. La metáfora de fundación es el barro animado, la masa de barro moldeada por la mano divina que finalmente recibe el soplo de vida, el ánima. Es éste último el que da vida, el que anima al barro, Este último no es nada sin el primero. Lo humano proviene del soplo, del ánima. El barro, el cuerpo, es un portador del soplo, del espíritu.

En la civilización occidental el concepto espíritu llegará a tener dos acepciones, que designan dos disposiciones o facultades humanas. La primera entiende por espíritu la disposición asociada al amor sublimado, cercano a la vida mística, la segunda asocia espíritu a la disposición o capacidad de abstraer y analizar experiencias, formar conceptos y articularlos, o sea al pensamiento, intelecto, o razón.<sup>14</sup> El trabajo y hallazgos de Descartes publicados en su *Discurso del Método* y en sus *Meditaciones Metafísicas* para fundamentar la posibilidad y validez del conocer mediante la razón, terminó siendo asociado a lo que posteriormente se llamó racionalismo. Más adelante veremos las potencialidades y flaquezas que el Amauta identifica en la razón.

Ahora nos interesa la "corrección" que Mariátegui cree debe hacerse a Descartes en cuanto a la constatación que el filósofo formula como "pienso luego existo, o soy". Recordemos su alegato, "La vida, más que pensamiento, quiere ser hoy acción, esto es combate." Tres comentarios a otros tantos aspectos del tema. Primero, parte consintiendo que para una "edad racionalista" la fórmula que exprese la vida sea el "pienso, luego existo". Pero argumenta que para la convulsa y agitada edad de revoluciones y guerras que le ha tocado vivir ya no es válida. Que conviene corregirla por el "combato, luego existo". La conclusión del argumento es que Descartes tendría validez en ciertas edades, para emplear el término de Mariátegui.

---

<sup>12</sup> Mariátegui, *Alma Matinal*, en *Mariátegui Total*, tomo I, pag.497. En adelante, las referencias textuales se harán a los dos tomos de *Mariátegui Total*. Lima: Empresa Editorial Amauta, S.A. 1994.

<sup>13</sup> René Descartes. *Meditaciones Metafísicas, con objeciones y respuestas*. Madrid: Ediciones Alfaguara, 1977.

<sup>14</sup> En el mismo siglo XVII, otro francés, Blas Pascal, y matemático como Descartes, pero de orientación religiosa contrincante con la de Descartes, expresó la primera acepción con aquel pensamiento de "El corazón tiene razones que la Razón no entiende", otra jerarquización de las sustancias humanas.

Con esto abre brecha en la pretensión de validez universal y permanente de la fórmula cartesiana. He afirmado, sin embargo, que lo que hace Descartes es elaborar un bagaje cultural procedente de milenios antes y que tiene pretensiones universales en tiempo y espacio. Por lo tanto, estamos en presencia de la relativización de la validez de una idea fundamental a la civilización occidental y al pensamiento oficial cristiano y al católico en particular. Mariátegui lo dice textualmente. En algunas edades o épocas no es válido. Las que para Descartes son siempre sustancias excluyentes y jerarquizadas, para Mariátegui, en algunas edades, no son sustancias y menos excluyentes y jerarquizadas.

Segundo, la fórmula con la que Bello y Mariátegui corrigen a Descartes introduce el concepto "combate" que luego Mariátegui lo usa como sinónimo de "acción", de alcance más general, de la cual combate es una manifestación. La fórmula propone a los seres humanos que para cerciorarse de su ser y existencia no pueden reducirse a pensar como quería Descartes, sino que deben actuar, pasar a la acción, más precisamente a la acción de combatir. La acción de combatir como prueba del existir o del ser requiere la participación solidaria de lo que Descartes llama res extensa y del cógito, el pensar. En Mariátegui aparecen no como sustancias separadas sino más bien en simbiosis, como dimensiones o manifestaciones del ser. Por eso nombra una entidad nueva, la acción, la praxis como la nombraron los griegos y empleada por Marx. Esta no es ni cuerpo por un lado ni pensamiento por otro, separados, distinguibles. Es una entidad nueva. Es lo característico de lo humano, es la forma en que se manifiesta la vida. Y la acción es movimiento, cambio, transformación.<sup>15</sup>

Tercero. Esta fórmula "combato, luego existo," de simbiosis de cuerpo y pensamiento en la acción, ¿es apropiada solo para la edad revolucionaria como dice la cita transcrita? Para respondernos veamos expresiones del Amauta que por lo menos nos dejan la duda, porque puede también derivarse su validez más permanente.

En la Advertencia que abre los 7 *Ensayos*, recordémoslo, Mariátegui dice: "Mi pensamiento y vida constituyen una sola cosa, un único proceso". Y a continuación añade "Y si algún mérito espero y reclamo que me sea reconocido es el de -también conforme a un principio de Nietzsche- meter toda mi sangre en mis ideas". Nombra diferenciadamente pensamiento y vida, es cierto, pero remarca que son una sola cosa, un único proceso. Y luego emplea la metáfora nietzscheana de meter sangre en las ideas. El empleo de la metáfora no es gratuito.

En la arquitectura de lo humano, nuestro autor con frecuencia nombra una dimensión ajena a Descartes, o que la podríamos con dificultad ubicar en la res extensa, en el cuerpo. Pareciera ser la génesis de la Acción. El impulso vital. Un factor autónomo que existe por el solo hecho de que los seres humanos viven y por eso persiguen metas, dinamiza la vida de personas y pueblos. Lo encuentra cerca del instinto que permite a los seres vivos orientarse y encontrar el camino de la supervivencia y el camino que lo lleva a su meta, también a su ideal. Dice José Carlos:

---

<sup>15</sup> César Germaná ha destacado el carácter pivotal del concepto Acción o Praxis en el pensamiento de Mariátegui. Ver. Su *El Socialismo Indoamericano de José Carlos Mariátegui*. Lima: Empresa Editora Amauta, 1995.

“El impulso vital del hombre responde a todas las interrogaciones de la vida antes que la investigación filosófica. El hombre iletrado no se preocupa de la relatividad de su mito. No le sería dable siquiera comprenderla. Pero generalmente encuentra, mejor que el literato y que el filósofo, su propio camino. Puesto que debe actuar, actúa. Puesto que debe creer, cree. Puesto que debe combatir, combate. Nada sabe de la relativa insignificancia de su esfuerzo en el tiempo y en el espacio. Su instinto lo desvía de la duda estéril”.<sup>16</sup>

Por eso, para él, “las experiencias importaban más que las teorías y las biografías tanto como las ideas”, como apunta Alberto Flores Galindo<sup>17</sup> que transcribe el siguiente argumento del Amauta: “solo sobre la base del propio caudal de sensaciones se puede establecer el propio caudal de pensamientos”. La cercanía de pensamientos y sensaciones es tal que no las concibe separadas y menos enfrentadas. Las sensaciones son experiencias corporales y al mismo tiempo espirituales o de pensamiento, por más elemental que sea.<sup>18</sup>

El mismo Flores Galindo, líneas arriba del texto mencionado anota que la tendencia de José Carlos a observar le venía desde la infancia y aparece asociada a su invalidez temprana. La experiencia de enfermedad es una experiencia de observación de sensaciones en que lo que llamamos cuerpo es indesligable de la conciencia, del espíritu que constata y lo observa. Y es un valiosísimo entrenamiento para la observación del mundo que nos rodea. Pero no es un entrenamiento cualquiera, prepara al convaleciente a sentir el mundo de otro modo. En el artículo que cita Flores Galindo y que estaba dirigido a Alberto Hidalgo, José Carlos airea sentidos y conciencia excitadamente gozosos en la captación del mundo. “Amemos nuestro siglo –aconseja a Hidalgo- Yo lo encuentro bueno, grande y magnífico” y enumera el gusto que sentía en las carreras de caballos, los automóviles, el cinematógrafo y otras atracciones. Las sensaciones dolorosas de la enfermedad lo habrían predisposto de alguna manera también para el gozo de las sensaciones. Nietzsche, uno de sus autores preferidos, ha remarcado el vínculo entre enfermedad, sensaciones corporales y pensamiento. En Mariátegui, estamos lejos, pues, tanto de la dicotómica oposición jerarquizada de Descartes como del concepto negativo que la tradición dominante en el cristianismo tiene del cuerpo, los impulsos vitales, los instintos. A pesar de su intensa vivencia religiosa cristiana en la infancia y juventud. Como adulto simplemente redefinió su fe y mitos, como veremos después.

Y es la filosofía de Descartes la que está en la base de la arquitectura que la modernidad concretó en la organización y dinámica de escuelas, hospitales, cuarteles, empresas e instituciones estatales y espacios públicos. Para no alargar demasiado este material, fijémonos en las instituciones educativas. Desde su diseño arquitectónico y ergonómico hasta la organización del tiempo y la distribución del poder y la formación

---

<sup>16</sup> La Lucha Final, MT, p.501.

<sup>17</sup> Alberto Flores Galindo. *La Agonía de Mariátegui*. Lima: Desco, 1982, p. 123.

<sup>18</sup> Maurice Merleau-Ponty estudió el tema hace más de medio siglo en su *Fenomenología de la Percepción*, y ha sido recientemente comentada entre nosotros por Bernardo Haour, S.J. en su trabajo *Introducción a la Fenomenología de la Percepción de Maurice Merleau-Ponty*. Lima: Fondo Editorial de la Universidad Ruiz de Montoya, 2010.



de maestros están hechas para reprimir y disciplinar el cuerpo y liberar el espíritu. La tesis cartesiana, siguiendo la tradición cristiana, es que el cuerpo y todo su potencial de impulsos, pulsaciones, instintos y sensaciones traban, estorban, malogran el pensamiento, el espíritu. Por eso, la modernidad considera que la capacidad suprema a desarrollar en los seres humanos es la del pensamiento, el "uso de la razón". La elaboración conceptual.

A pesar de la crítica a estos supuestos, nuestro sistema educativo todavía asocia inteligencia a la capacidad lógico conceptual y su aplicación matemática. Las pruebas y evaluaciones del Ministerio de Educación tienen esas áreas como centrales para hacer juicios sobre las capacidades de estudiantes y maestros. Matemática y la Comunicación son las materias que reciben más horas. No importa si el aprendiz aplica esas capacidades al bien o mal vivir. Y se distribuye el prestigio de acuerdo a ese criterio, clasificando a los estudiantes en mejores, los que sobresalen en esas capacidades, y peores, los que no logran esas capacidades. Mariátegui, examinando el papel de la imaginación en los seres humanos y en la vida social, se preguntaba por qué no se usa esa capacidad como criterio para clasificar a los humanos entre imaginativos y los sin imaginación<sup>19</sup>.

No voy a desarrollar aquí los vínculos y asociación que la concepción moderna que criticamos tiene con los procesos sociales y culturales europeos que dieron lugar a la producción en el naciente sistema capitalista. Simplemente dejo anotado que la lógica de los procesos de producción capitalista reclaman y fomentan el mayor desarrollo posible de las capacidades de cálculo matemático y comunicación para el control, dominio, reproducción de otros seres. La escuela, su distribución y organización del poder, su contenido curricular y formación de maestros están informados por el núcleo de la filosofía cartesiana. A eso se le ha llamado y llama educación moderna. Frente a eso, encontramos a un Mariátegui que critica y cuestiona aspectos centrales de esa propuesta. Un Mariátegui que nos ofrece claves para avanzar y dar saltos en la renovación crítica de nuestra educación ¿No debemos escucharlo entonces? ¿Simplemente porque otros planteamientos suyos han envejecido? ¿Debemos despedir sus propuestas en paquete?

Los diversos movimientos que han criticado la educación moderna y sus instituciones, sabiéndolo o no, han puesto en cuestión los supuestos cartesianos sobre la arquitectura de lo humano. Y a medida que avanzó el siglo XX han cobrado más y más audacia y actualidad en esa crítica. Primero entraron a la educación inicial, ahora avanzan a la básica. Llegarán a la superior y a la universidad. Algunas de las instituciones que lideran la renovación educativa en el mundo y en nuestro país se organizan y ofrecen educación con otros fundamentos sobre la arquitectura de lo humano. Nuestros grandes maestros del siglo XX, desde Encinas hasta Arguedas y Caro Ríos, pasando por Salazar Bondy, Peñaloza, Emilio Barrantes, y la cohorte de brillantes maestras mujeres han actuado y actúan en su labor pedagógica con otros supuestos sobre lo humano.

---

<sup>19</sup> La Imaginación y el Progreso, en *Alma Matinal*, MT, p.505.

La alegría, el gozo, el juego, la imaginación, la libertad y la ternura, los impulsos vitales, todas esas dimensiones humanas recuperan creciente prestigio y lugar en los procesos escolares. Por eso es pertinente hablar de una revolución educativa en marcha, aunque el Estado y su apolillada educación arrastren los pies y se niegue a dar el salto necesario. Tampoco es éste el lugar para pasar revista a lo que está ocurriendo en otras instituciones que creó la modernidad, como por ejemplo la misma empresa capitalista.

#### **4.- Mariátegui dialoga con Marx**

A todo lector atento de Mariátegui tiene que haberle llamado la atención este otro diálogo con otro gigante de la modernidad occidental. Como sabemos, Marx, en su estudio de las tradiciones occidentales que buscaban organizar la vida social de manera no alienada ni explotadora, estudió y criticó con respeto las experiencias en varios países de Europa de los que llamó socialistas utópicos. Encomió sus intenciones pero señaló como carencia el querer llevarlas a cabo sin conocer las leyes que gobiernan los procesos sociales en la historia. Juzgó esas experiencias condenadas al agotamiento y desaparición porque no se fundaban en la identificación de los mecanismos clave que en la sociedad capitalista permitirían dar a las buenas intenciones de sus promotores la fuerza material y espiritual de las multitudes, el proletariado naciente, que luchaba por cambiar la explotación capitalista e instaurar otro modo de organización.

Propuso entonces colocar la lucha por el socialismo bajo la orientación de las “leyes” que la ciencia histórica y social venía descubriendo. Inauguró el socialismo científico. De esta manera, los intentos no dependerían de la voluntad ni financiamiento de las personas generosas, utópicas, sino de procesos sociales. Ni su duración se vería pendiente de la duración de la vida de esas personas, sino de la existencia, organización y conciencia de las clases sociales revolucionarias que engendra el mismo modo de producción capitalista. Esta propuesta de Marx encontró masivo, entusiasta y creciente eco en las multitudes proletarias que el sistema capitalista engendraba en Europa y en todos los rincones de la tierra. Sus ideas fueron asumidas como cuerpo de doctrina científica de validez universal, como toda ley científica. Las multitudes proletarias concurren a formar los partidos políticos cuyos dirigentes guardaban la pureza de la doctrina y vigilaban la disciplina de los adherentes en su ejecución.

Pero ocurrió que en la tercera década del siglo XX, uno de esos adherentes, allá en un rincón apenas identificable de los mapas, se atrevió a conversar respetuosa pero sinceramente con Marx. Escuchémoslo:

“¡Qué incomprensión! La fuerza de los revolucionarios no está en su ciencia; está en su fe, en su pasión, en su voluntad. Es una fuerza religiosa, mística, espiritual. Es la fuerza del Mito”.<sup>20</sup>

La incomprensión a que se refiere es de los intelectuales de la burguesía que se entretienen, dice Mariátegui, “en una crítica racionalista del método, de la teoría, de la

---

<sup>20</sup> El Hombre y el Mito, en *Alma Matinal*, MT, p. 499.

técnica de los revolucionarios.” Mariátegui les responde ubicando el papel de esa teoría en un lugar subordinado respecto del fuego de la pasión revolucionaria que se alimenta de otra fuente, de la fe en el mito, de la fe en que puede alcanzarlo. Es éste, el mito, que enciende y potencia la voluntad de las multitudes y sus dirigentes. ¿Y la teoría, y la ciencia? No son la acción y menos el fuego que la pone en marcha. Son las coordenadas del mapa sobre el que los revolucionarios van marcando su camino hacia el mito. Por eso designa a la teoría marxista guía para la acción.

Al debatir con los intelectuales burgueses, Mariátegui está, pues, dialogando indirectamente con Marx, y, elogiándolo dice:

“La suerte de las teorías científicas y filosóficas, que él usó, superándolas y trascendiéndolas, como elementos de su trabajo teórico, no comprometen en lo absoluto la validez y la vigencia de su idea. Esta es radicalmente extraña a la mudable fortuna de las ideas científicas y filosóficas que acompañan o anteceden inmediatamente en el tiempo”.<sup>21</sup>

La idea de Marx es una sociedad de productores hermanos, validada por las multitudes revolucionarias que van al asalto del cielo, Mariátegui la diferencia de la suerte de las teorías científicas y filosóficas que usó en sus trabajos. Y ubicando a Marx en el contexto polémico de su tiempo y en su papel de dirigente del proletariado lo explica y justifica:

“Marx no podía concebir ni proponer sino una política realista y, por eso, extremó la demostración de que el proceso mismo de la economía capitalista, cuanto más plena y vigorosamente se cumple, conduce al socialismo; pero entendió, siempre como condición de un nuevo orden, la capacitación espiritual e intelectual del proletariado para realizarlo, a través de la lucha de clases”.<sup>22</sup>

Percibe que hay un sesgo determinista al extremar Marx la demostración de que la objetividad de la economía capitalista conduce al socialismo, por eso se apresura a añadir que la condición para la instauración de ese nuevo orden era la capacitación espiritual e intelectual del proletariado. Consciente del sesgo y para responder a la objeción de que esa capacitación espiritual e intelectual podría ser una adocenada doctrina ofrecida en moldes escolares, concluye que esa capacitación tendrá lugar en la lucha de clases. Decir lucha de clases es decir acciones de combate con lo que abre las puertas para la presencia de la fe, la mística y la pasión revolucionarias, que buscan la realización del mito. Todo muy ajeno a las aulas escolares. Fina y fraternalmente Mariátegui corrige el sesgo positivista y determinista del análisis de Marx apoyándose en el mismo Marx. Da a la actividad de capacitación espiritual e intelectual contenidos que producen la imaginación y los impulsos vitales de los seres humanos, o sea los mitos. Su aporte fundamental.

La modernidad, y con ella la ciencia, descubren leyes, regularidades universales, que pueden reducir la actividad humana a usarlas instrumentalmente, como técnicas. Esa

---

<sup>21</sup> *Defensa del Marxismo*, cap. IV La Filosofía Moderna y el Marxismo, MT, p. 1299.

<sup>22</sup> *Defensa del Marxismo*, cap. VII El Determinismo Marxista.MT, p. 1307

visión convierte a los mitos, a la fe, a la mística en la acción en anomalías caprichosas, y a sus portadores en personas carentes de cordura y ecuanimidad para la convivencia humana. Los místicos, los revolucionarios aparecen como locos, merecedores de sanatorios y manicomios. El siglo XX ha sido testigo de este tratamiento a los disidentes de regímenes autoritarios guiados por el positivismo moderno. Y en el movimiento socialista produjo masivamente la corriente reformista de esperar sentado en la puerta de su casa para ver pasar el cadáver del sistema capitalista. Pues Marx había descubierto las leyes de la historia y tenían que cumplirse. Cuán lejos está Mariátegui de esa posición. El encuentra en Marx el voluntarismo socialista, aunque menos evidente que el determinismo y por eso menos entendido. Y remarca:

“... cada palabra, cada acto del marxismo tiene un acento de fe, de voluntad, de convicción heroica y creadora, cuyo impulso sería absurdo buscar en un mediocre y pasivo sentimiento determinista”.

Mariátegui despliega un permanente debate contra el positivismo y del Marxismo nos entrega su versión voluntarista y heroica donde subraya el papel de la subjetividad y élan creador de los seres humanos. Ubica a la ciencia y filosofía modernas subordinadas, como insumos de la fe y pasión revolucionarias. Eso significa que en la arquitectura de las facultades humanas no reconoce lugar privilegiado a la razón sino a los sentimientos y a la imaginación. Escribe Razón con mayúscula para referirse al mito que la modernidad burguesa colocó en lugar privilegiado de su panteón de reverencias. Reitero por eso que del arreglo moderno de los órdenes culturales, puso a la Verdad (la ciencia) al servicio del Bien y la Belleza. No al revés como lo ha hecho la modernidad occidental hasta hoy.<sup>23</sup>

Termino esta brevísima revisión de la arquitectura de lo humano en Mariátegui mencionando apenas el papel que juegan razón, imaginación y amor la exaltación erótica en el conocer y en las transformaciones humanas. De la primera nos dice que:

“Ni la Razón ni la Ciencia pueden satisfacer toda la necesidad de infinito que hay en el hombre. La propia Razón se encargó de demostrar a los hombres que ella no les basta. Que únicamente el Mito posee la virtud de llenar su yo profundo”.<sup>24</sup>

Y explica el proceso líneas más adelante:

“Las creaciones de la ciencia han dado al hombre una sensación de su potencia. El hombre, antes sobrecogido ante lo sobrenatural, se ha descubierto de pronto un exorbitante poder para corregir y rectificar a la Naturaleza”.

Van sabiendo los pueblos en forma creciente el significado de las “correcciones” y “rectificaciones” hechas a la naturaleza con basamento en la ciencia. Fueron muy

---

<sup>23</sup> Edmundo Murrugarra Florián. “El Ser y el Conocer en Mariátegui, El Bien, la Verdad y la Belleza nuevamente juntos, pero en otra jerarquía. Ponencia al *Simposio Internacional, 7 Ensayos 80 Años*. Lima: Editorial Minerva, 2009.

<sup>24</sup> El Hombre y el Mito, en *Alma Matinal*, MT, pag.497.

frecuentemente también destrucciones, no solo de la naturaleza sino que, superando la ignorancia que produce la separación ontológica que produjo en sus vertientes originarias la civilización occidental, descubrimos que es destrucción también de los propios seres humanos. Caemos en la cuenta con dolor y hasta con pavor que no éramos sustancias diferentes y opuestas a los demás seres que llamamos cosas. Confusa y remolamente todavía recuperamos nuestro olvidado parentesco con la naturaleza y todos los seres que la pueblan. ¿No nos ofrece el Amauta claves, pistas, para entender esta tragedia que vivimos los humanos con la destrucción producida durante la modernidad? ¿No es pertinente colocar la cita transcrita en la cabecera de las reuniones internacionales convocadas para evaluar cuánto se ha hecho por salvar la vida en el Planeta? ¿Hay que desanclarnos y desentendernos de eso?

Y si la Razón fue exaltada por la modernidad como facultad suprema, fue la pobre imaginación la que sufrió los peores atropellos. Entendida como enemiga de la verdad, por falseadora de la realidad cayó en la marginalidad. Recordemos que la educación en la modernidad de la cual la Universidad fue la institución central privó a las artes del lugar que tuvieron en las épocas antigua y medioeval. La universidad moderna la envió a merodear por los márgenes de las ciudades para gente igualmente marginal. ¿Qué nos dice José Carlos sobre este rasgo de la modernidad?

“La pobre ha sido muy difamada y muy deformada, Algunos la creen más o menos loca; otros la juzgan ilimitada y hasta infinita. En realidad, la imaginación es asaz modesta”.

Sin embargo de esta modestia, el Amauta la considera un poderoso dispositivo que tenemos los seres humanos para conocer y actuar. Se presta una frase de Luis Araquist para decirnos que “sin imaginación no hay progreso” Y recordando que cuando escribía el ensayo La Imaginación y el Progreso se celebraba el centenario de la victoria de Ayacucho afirma que realmente se celebraba “el centenario de una victoria de la imaginación”. Porque la independencia del Perú dependió de la aptitud imaginativa de Bolívar. Y se pregunta a propósito, ¿Cuál es la primera condición de la genialidad? Y se responde “Es, sin duda, una poderosa facultad de imaginación”.

Pasa a explicarnos a continuación que la imaginación tiene los confines que le ofrece la realidad, de ella bebe y nutre. Solo que esos confines no son lo que el positivismo moderno cree, sino lo que ven y sienten quienes reaccionan contra la realidad y, por eso mismo, resultan más pegados a ella, más dependen de ella. De sus entrañas. Escuchemos:

“Podría decirse que el hombre no prevé ni imagina sino lo que ya está germinando, madurando en la entraña oscura de la historia”.

Y esa percepción requiere de imaginación, pero también de intuición para presentir que las cosas pueden y van a cambiar. Por eso el papel de la intuición de las multitudes que pugnan por cambiar el mundo que les causa dolor y construirse uno fraterno y jubiloso. Pero, ¿nada más es necesario para percibir lo que está germinando en la entraña de la historia? Culmina Mariátegui las pinceladas de la Arquitectura de lo

Humano con la disposición que la modernidad ha tenido más celosamente invisible, clandestina. El Amor, también en su versión erótica. Y aprovecha la película de Charles Chaplin "Quimera de Oro", su gran sátira al capitalismo, para decirnos:

"Chaplin autor, sabe que la exaltación erótica es un estado propicio a la creación, al descubrimiento. Como Don Quijote, Charlot tiene que enamorarse antes de emprender su temerario viaje. Enamorado, vehemente y bizarramente enamorado, es imposible que Charlot no halle la mina... Su pathos le da una fuerza suprareal".<sup>25</sup>

El amor tan presente en textos y práctica fundadores de las religiones de las que derivó la civilización occidental termina el pobre, en la etapa moderna, reducido casi a la clandestinidad, a las pláticas de los sermones dominicales y al entusiasmo marginal de artistas y enamorados.

Bueno hay que terminar, y repito, cuando José Ignacio López Soria nos convoca a desanclarnos de la modernidad peruana, y lo hace colocando a Mariátegui a la cabeza de los autores de quienes debemos tomar distancia, está proponiendo hacerlo sin el respectivo balance crítico indispensable, que separe lo obsoleto de lo vigente. Más aún si se trata del autor escogido por ser el fundador de nuestra modernidad. Sin duda en Mariátegui encontraremos muchas ideas, enfoques, proposiciones y programas obsoletos, pero hay otros como los que he reseñado que nos ofrecen todavía claves, pistas, sugerencias para entender nuestro pasado y nuestro presente. Y nos traza horizontes de significación para construir nuestro futuro. La renovación sin nutrirse de las raíces ni tradiciones es un salto al vacio. A la total pérdida de identidad en nuestro proceso histórico cultural. A más colonialidad. Y eso, entiendo, no es lo que quiere el autor que nos motiva.

---

<sup>25</sup> Esquema de una explicación de Chaplin, en Alma Matinal, MT, pag.515

